

UN HOMBRE ENIGMA.

Un Hombre Enigma.

Un Relato

H U M B E R T O B O C A N E G R A

Derechos de autor © 2026 Humberto Bocanegra
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso.

humbertob76@yahoo.com

Un Hombre Enigma.



DE vez en cuando tenemos la buena fortuna de conocer personas fantásticas, que son diferentes a lo que uno puede calificar como “normales”. Muchas veces hasta se puede decir que estas personas sorprendentes son genios, que pueden estar a varios niveles de conocimientos, arriba de nuestros amigos y conocidos “normales”. De vez en cuando estos genios ganan fama y llegan a ser tan conocidos que su fama quizás viva por siempre. Otros genios tienen su talento y su lugar en la historia a través de otro medio como la música, convirtiéndose en inmortales, como Elvis Presley, Michael Jackson o los Beatles. No cabe duda que estos hombres fueron talentosos y su fama permanecerá hasta la eternidad. Pero, aunque sea difícil de creer yo tuve la fortuna de conocer un hombre extraordinario. No hay forma de comprender su inteligencia, pues no exagero cuando digo que era un hombre único - y punto. Simplemente, era un hombre enigma.

La relación con mi amigo empezó hace diez años, cuando yo era un médico en el hospital oncológico, llamado M.D. Anderson en la ciudad de Houston. Mi trabajo consistía en atender y tratar a pacientes enviados al hospital con cáncer, una enfermedad algunas veces mortal. En aquel entonces me consideraba experto en el tratamiento de esa enfermedad. Pacientes de todo el mundo acudían a verme. Cuando un paciente se encontraba en la primera etapa del padecimiento había la posibilidad que sobreviviera. En otros casos, aunque se encontrara la enfermedad desde temprano, el paciente desafortunadamente fallecía. Era común que un paciente llegara al hospital en etapa terminal, por lo que estábamos obligados a decirles a los familiares que ya no podíamos hacer nada por su ser querido, sugiriéndoles que era mejor recogerlo en sus casas. Desafortunadamente esto sucedió muchas veces. Todo esto cambiaría cuando llegó la Sra. Felipa.

Felipa tendría treinta años de edad y sus familiares la trajeron desde México. Su esposo, Jorge, explicó que Felipa ya tenía meses sintiéndose mal, pero que nunca hizo el esfuerzo para ver un médico. Cuando al fin la llevaron a una clínica en Monterrey le encontraron un tumor en el estómago y el médico le dijo que el mal ya estaba muy avanzado. Le sugirió al esposo que se la llevara para su casa para que viviera sus últimos días con su familia. Eso mismo, yo le hubiese dicho si fuera mi paciente.

Jorge y Felipa tenían dos niños, de tres y cuatro años de edad, los cuales estaban muy apegados a su mamá. Jorge no podía imaginar su vida sin Felipa, cuidando a los niños él solo. Fue por eso, por lo que Jorge había traído a su

esposa a Houston, al hospital donde trabajaba. Le di el diagnóstico, diciéndole que su esposa tenía no más de una semana de vida. Le expliqué que era mejor se la llevase para su casa. Con los ojos llorosos, Jorge me afirmó que su esposa no podía morir. Sacó su celular para hablarle a su madre, explicándole mi diagnosis. La mamá de Jorge le aseguró que todo iba salir bien. Le prometió enviar a un experto en la enfermedad que padecía su esposa. El hombre se tranquilizó y así quedaron las cosas.

Los días siguientes hice lo posible para asegurar la comodidad de Felipa. Le recetaba medicina para calmar su dolor, pero cada día se ponía más débil. Aunque la señora no comía y la energía se le agotaba, Jorge no perdía la fe.

Cuando todo estaba perdido, un hombre llegó a ver a Jorge. Este al mirarlo se alegró mucho, llevándolo inmediatamente al cuarto de su esposa. Mientras que el individuo estaba revisando a Felipa, una enfermera corrió para telefonarme a la casa. Tenía poco tiempo que había salido para allá. Me comentó que una persona estaba tratando a la esposa de Jorge. Le expliqué a la enfermera que no se alarmara, la señora estaba a punto de fallecer y que el hombre no podía hacerle ni bien ni mal. Le prometí visitarla en el hospital al día siguiente, quedando así la cosa. La verdad es que pensé que el señor probablemente le aplicaría medicina para calmar el dolor, por eso no me preocupé.

Al amanecer el día siguiente me volvió a llamar la misma enfermera, diciéndome que debería reportarme en el hospital lo más rápido posible, pues algo había sucedido que necesitaba mi atención inmediata. Hice mi camino al hospital lo más rápido posible, al entrar al pasillo me encontró la enfermera y me llevó al cuarto donde estaba la Sra. Felipa. Al abrir la puerta del cuarto esperaba verla sin vida, pero no era así. Felipa estaba sentada en su cama comiendo un plato de pescado, algo que se le había antojado, platicaba con su esposo. No creía lo que estaba viendo. En vez de que estuviera en sus últimos suspiros, comía y platicaba con su esposo como si nunca hubiese estado enferma. Me acerqué y me paré al lado de la cama y cuando me vio, sonrió saludándome en forma amable.

—Hola, Doctor. ¡Buenos días!

—Hola, usted se ve muy mejorada. ¿Cómo se siente?

—Me siento magníficamente bien, especialmente ahora que me comí mi platito de pescado. Se me antojó así de repente.

—Que bien, le voy a tomar unas pruebas para checar su condición, para después ver cómo le podemos seguir tratando su cáncer.

—Está bien, pero le aseguro que me siento mucho mejor.

Di instrucciones a las enfermeras que le sacaran todos los exámenes necesarios, para asegurarme que mi paciente estuviera bien de salud, así

como se veía. Durante los siguientes días, Felipa se recuperó rápidamente y todas las pruebas aparecieron en negativo. Increíblemente dos semanas después de que pudiese haber fallecido, salió del hospital completamente sana de su padecimiento. Antes de que salieran del edificio, le pregunté a su esposo Jorge sobre la persona que vino a ver a su esposa. Me dijo que el señor era muy conocido como un buen curandero, de un ranchito en México. Me dio los datos del señor y donde estaba su rancho por si acaso algún día se me ofrecía verlo. Le afirmé que no creía en el curanderismo, dudaba hablarle en caso de emergencia, pero de todas maneras guardé los datos en mi oficina.

La verdad es que no comprendía cómo Felipa se había aliviado plenamente con tanta rapidez. La noche antes de que llegara el curandero, ella estaba en el umbral de la muerte. Concluimos que su recuperación había sido milagrosa. Sí había escuchado de milagros en otros casos, donde el paciente le ganaba a la muerte, pero esta fue la primera vez que lo vi con mis propios ojos.

Pasó el tiempo, olvidándome pronto del caso de Felipa. Después que continué viendo a los pacientes que me venían a consultar, resultó que algunos habían escuchado sobre el caso de Felipa. Algunos de mis pacientes me preguntaron sobre lo que había hecho para curar a Felipa, opinando que ellos también querían el mismo tratamiento. Les contestaba diciéndoles que se concentraran en cuidarse y tomar los medicamentos que les recetábamos. Aunque nunca me daban la contra, desafortunadamente varios pacientes se me fueron por más que hice por salvarlos.

Un día cuando iba llegando a mi trabajo miré a unos reporteros de la televisora local, los cuales me esperaban para hacerme unas preguntas relacionadas con el caso de la señora Felipa. Querían información sobre lo que había hecho para curarla, ya que ella había estado a un paso de la muerte. Como no quería ocasionar controversias, expliqué que fue gracias a los tratamientos que le dimos por lo que ella logró recuperarse. Me despedí de los reporteros y me dirigí a mi trabajo.

Durante los siguientes días empezaron a llegar muchos pacientes de todas partes de la Unión Americana, que querían que los viera porque tenían enfermedades graves, todos sufrían de algún tipo de cáncer. De repente se llenó el hospital y recibíamos llamadas de todas partes de los Estados Unidos y del mundo, de personas que nos rogaban los admitiéramos como pacientes en nuestro hospital. El reportaje local había sido transmitido a nivel nacional y fue así que mucha gente lo vio.

Para calmar la situación, hablé a la estación de televisión para pedirle a los reporteros que regresaran para explicarles lo que realmente había pasado. En una nueva reseña expliqué lo sucedido, con la señora Felipa, declarando que

su bienestar había sido un milagro, del cual dudaba que se volviera a repetir. El público aceptó mi explicación y la situación se calmó en el hospital, pero el daño ya estaba hecho. El hospital estaba lleno de pacientes sufriendo de cáncer, esperanzados a que los hiciera sentir mejor, aunque no los curara. Día tras día cuidaba de un gran número de pacientes, que no daba abasto. Trabajaba largas jornadas, pero de todos modos no parecía lograr mucho. Mis pacientes seguían sufriendo de sus males.

Un día que llegué a mi casa, un señor esperaba en frente de mi patio. Al acercarse, me preguntó por mi nombre y sí acaso era yo el doctor de la tele. Estaba tan cansado que no quería hablar con nadie, especialmente con un extraño.

—No, yo no soy el doctor que salió en las noticias —le contesté—. El hombre se disculpó y se retiró.

Al siguiente día, al llegar a mi oficina me dijo la enfermera sobre una persona que me esperaba. Pensé que era un paciente, pero ahí estaba el mismo hombre del día anterior. Su tez de rasgos indígenas le daban una expresión de tranquilidad. Era un hombre como de unos cuarenta años de edad. Su vestimenta era como los que usan nativos en el interior de México. Él era un hombre noble con una mirada fuerte y segura. Cargaba una maleta llena de quien sabe qué. No me quedó más remedio que invitarlo a pasar.

—Buenos días, pásele a mi oficina.

Le di mi mano para saludar y la tomó como si fuéramos viejos amigos. Nos dirigimos a hacia el privado y nos sentamos a platicar.

Disculpe que le negué ayer mi identidad como la persona en la televisión. No sabía quién era usted, además me sorprendió su presencia en mi casa. ¿Cómo lo puedo ayudar?

—No hay de que disculparse. Yo soy quien le pido una disculpa.

—No entiendo.

—Yo soy la razón por lo que hay muchos pacientes en su hospital. Soy la persona que curó a la señora Felipa. Lo hice como un favor a una familia que siempre fue buena conmigo.

Al escuchar las palabras de ese hombre se me congeló la sangre. Pensaba que la persona que había curado a la señora Felipa había sido otro médico, quien probaba algún nuevo medicamento. No creía lo que el indígena me aseguraba concluyentemente, sobre haber curado el cáncer de mi paciente. No podía aceptar lo que me decía.

—¿Por qué debo aceptar que usted provocó la cura en la señora Felipa?

—No doctor, no pienso que provoqué la curación de Felipa, yo sé que la sané.

—Pero lo que dice es imposible. No existe una cura fehaciente para el cáncer. Debería saberlo, pues es la especialidad de la medicina a la que le dedicado todo el tiempo de mi profesión. Le puedo asegurar que lo que ocurrió con la señora Felipa es solamente un milagro. Su enfermedad estaba muy avanzada para que la pudiéramos salvar, lo que sucedió fue solo un milagro. No tengo otra explicación.

—Perdóneme que lo contradiga, pero si existe cura, pues sané a Felipa.

Tenía muchos pacientes por atender. No quería perder el tiempo discutiendo con el señor, por lo que decidí terminar nuestra conversación.

—Mire, no quiero discutir con usted. Entiendo lo que pasó y está bien, puede usted pensar que curo a Felipa. En este momento no tengo tiempo para discutir sobre sus opiniones. Muchos pacientes me necesitan.

El señor sonrió y me miró, preguntándome algo bastante absurdo.

—Doctor, le aseguro que puedo curar a todos estos pacientes que tiene bajo su cuidado. ¿Que daría usted por mi ayuda?

—¿Qué me quiere dar a entender? ¿Piensa que los pacientes son animales? ¿Qué cualquier persona que entra de la calle los puede atender? Está claro que no puede ver a mis pacientes. Es más, creo que es tiempo para que usted se retire de mi oficina y me deje trabajar.

Fue entonces que me levanté de la silla, diciéndole a mi enfermera que me preparara las fichas de los enfermos para revisar el progreso que llevaban. Ella me confirmó que todo estaba en orden, sin despedirme, salí de la oficina por unos diez minutos. Al regresar ya no encontré al señor ahí. Creyendo que el hombre se había retirado, me puse a revisar los expedientes de los pacientes. En la lista había varios de ellos a punto de morir. Estos eran nuevos pacientes que habían ingresado debido a las noticias en la televisora sobre la señora Felipa. Me sentía culpable por ellos, pues habían viajado muy lejos para morir en mi hospital. Pero así es la vida. Hacemos todo lo posible por sobrevivir un minuto, no importa la gravedad de nuestra situación. Eso se llama esperanza.

Después de pasar media hora revisando los expedientes de mis pacientes, me levanté para hacer mi ronda por los cuartos. Busqué mi saco médico que utilizaba como doctor, pero no lo encontré en el lugar donde lo dejé. Creí entonces haberlo olvidado en mi casa por lo que salí al pasillo a hacer mi recorrido, topando con una enfermera que me informó sobre un doctor nuevo, quién revisaba a mis pacientes. Desconocía totalmente sobre la presencia de otro doctor en mi turno, por lo que apresuré mi paso para ver a mis enfermos y a este nuevo doctor. Había caminado dos o tres pasos cuando divisé al indígena saliendo del cuarto de uno de mis pacientes, vistiendo mi saco

médico. El señor me miró sonriendo. Aunque me encontraba bastante alterado no quise discutir con él en presencia de todos.

—¿Qué hace usted aquí con mis pacientes, vistiendo mi saco? ¿Ha estado usted viéndolos como un especialista? ¿Está loco?

—Mira, no te enojés. Solamente quiero ayudar. Todo va estar bien. Administré la medicina a tus pacientes y para mañana van a estar mucho mejor.

No creía lo que me decía. Este señor llegó de la calle para tratar a mis pacientes como si fuera un especialista en oncología.

—¿Cómo es que les diste medicamentos? ¿Qué has hecho? ¡No sabes el daño que has causado!

— Todo saldrá bien.

—¿Cómo que todo va estar bien? Acabas de contaminar a mis pacientes con quien sabe qué y me dices que todo va estar bien.

Di media vuelta y le dije a mi enfermera que llamara a la policía para que arrestaran al hombre desquiciado. En menos de cinco minutos llegaron los guardias de seguridad, los cuales lo llevaron a la estación de policía en donde pedí que lo detuvieran, hasta saber el daño que había causado en el hospital. Dediqué el resto del día vigilando a mis pacientes. Tenía miedo por los daños que hubiese causado el hombre detenido. Pensaba sobre lo que iba a decir si se enteraba la prensa del suceso. Estaba seguro que perdería mi licencia como médico y que tal vez cerrarían el hospital. ¿Cuántos pacientes estaban afectados por las acciones de ese hombre?

Pasó el tiempo lentamente y de pronto todos mis pacientes se quedaron dormidos. Las enfermeras comentaron que nunca había ocurrido eso. Seis horas después de la intrusión del hombre en los cuartos, mi primer paciente despertó. Era el pequeñín llamado Roel, quién al despertar pedía comida porque tenía mucho apetito.

No había pasado ni media hora cuando el joven llamado Ricardo se paró de la cama exclamando que se sentía muy bien. Después la niña llamada Yoli se despertó diciendo que quería ir a jugar a su casa con su hermanito.

En el transcurso del día todos mis pacientes mejoraron al despertar, parándose para moverse, platicaban como si ya estuviesen curados. No podíamos creer lo que estaba sucediendo. Todos los pacientes a mi cargo expresaban una mejoría sin sentir ningún dolor.

Al día siguiente ordené exámenes de sangre para todos mis pacientes, los cuales confirmaron una recuperación total para cada uno de ellos. No lo podía creer, pero todos mis pacientes estaban recuperándose de cáncer y no concebía el resultado.

A la semana, los convalecientes empezaron a mejorar, dándolos de alta del hospital. Todos se habían recuperado completamente de su cáncer. Los reporteros de la televisión regresaron para entrevistarme sobre los milagros que sucedieron de nuevo en el hospital. Les supliqué que me diera algunos días para valorar los resultados de mis pacientes, pero no se contuvieron y aparecí de nuevo en los noticieros televisivos. Volvieron las llamadas de todas partes de los Estados Unidos, rogando que admitiéramos más pacientes en el hospital.

En el momento que salió el reportaje sobre el hospital, me llamaron de la estación de policía preguntándome si iba poner cargos en contra del señor que tenían detenido. Le pedí al representante que me retuviera al sospechoso por unas horas, mientras hacía los arreglos para ir personalmente a recogerlo. No era problema me respondió, por lo que inmediatamente al salir del trabajo me dirigí a la estación de policía. Ahí le comuniqué a la policía que el hospital no iba poner cargos en contra del indígena, pues todo había sido un malentendido. El jefe de policía me señaló que todavía podían detenerlo por un tiempo, debido a que no traía identificación, mientras podrían corroborar que no era un peligro para la sociedad. Le aseguré al capitán de la policía que el hombre no era ninguna amenaza para la sociedad. Procedí a pagar su fianza para que lo soltaran bajo mi custodia.

—¿Qué les diste a mis pacientes? —le pregunté cuando íbamos en mi coche.

—La medicina que los va a mejorar y curar.

—Pero esto es imposible, curaste a todos siendo que tenían diferentes tipos de cáncer. No existe una sola medicina que pudiera curar a todos.

—¿Todavía dudas?

—¿Cómo le hiciste? Además, ¿quién eres?

—Los curé en una manera tradicional. Soy un hombre simple y sincero.

Tenía muchas preguntas, pero en eso sonó mi teléfono. Al contestar escuché la voz de una enfermera explicando que el hospital estaba inundado de personas, las cuáles pedían ser recibidas para ser tratadas de sus padecimientos. Habían oído del milagro sobre los pacientes con cáncer que se habían recuperado, pretendían que los médicos de nuestro hospital los curaran de sus aflicciones.

Era claro que todo esto era un malentendido. Sabía que la persona de este supuesto milagro era el hombre sentado a mi lado en el coche. Entendía que el indígena era el verdadero responsable de la recuperación de los convalecientes. ¿Cómo le explicaría al público de lo sucedido? Nada de lo que había ocurrido tenía una explicación lógica. Opté por regresar al hospital con mi nuevo amigo. Al llegar al edificio, el indígena comentó que lo que estaba

sucediendo era culpa suya, pidiéndome disculpas por el caos que provocó. Afirmé que todo iba a salir bien, que no era nada extraño, la gente se ponía así cuando no entendían las cosas.

Al llegar al hospital arreglé la situación tocante a los nuevos pacientes. Después nos fuimos a tomar café a un restaurante cercano al hospital. Mientras tomábamos el café agarramos la plática.

—Perdón, pero desconozco su nombre —le comenté.

—Me llamó Xol (Sol), pero usted puede llamarme como guste.

—Fíjate que me gusta tu nombre, así te llamaré, Xol.

—Está bien, serías la primera persona en llamarme por mi nombre desde hace mucho tiempo.

—Dime Xol, ¿qué hiciste para curar a mis pacientes? ¿de dónde has traído la medicina milagrosa, que cura el cáncer y que realmente puede cambiar la humanidad?

—La medicina no tiene nada de nuevo. Ha existido por mucho tiempo, aunque la sociedad moderna simplemente no la conoce.

—Sabes, tengo muchas preguntas, pero no sé dónde empezar. Tampoco quiero quitarte mucho tiempo.

—Créame doctor, que lo que tengo más es tiempo para regalar —me dijo el indígena.

—Que bien, porque te quería pedir un enorme favor. Quiero invitarte para que des una plática a un grupo de médicos internacionales. Lo que sabes de medicina es muy impresionante. En un mes vamos a tener un congreso internacional de medicina aquí en Houston.

—Gracias por la invitación, pero no creo poder atender a su evento. Regreso a México en la mañana y no sé cuándo tendré la oportunidad de volver.

—Piénsalo, esta no es cualquier conferencia. Los mejores médicos del mundo van a estar ahí. Te pueden reconocer dentro de un nivel bastante alto en el mundo de la medicina. Solo necesitas estar presente. Te prometo que haré todo lo posible para que reconozcan la sabiduría que posees sobre el tratamiento del cáncer. Podrás aconsejarlos y pronto tendrás fama.

—Me gustaría atender la conferencia, pero pienso que sería mejor no estar presente. Tengo asuntos que atender en México en dónde no puedo faltar.

—Pero Xol, los médicos más respetados en el mundo de la medicina estarán ahí. Los pudieras guiar a mejores tratamientos. Seguramente pronto llegarás a ser famoso, con enormes ganancias financieras.

—Todo estaría bien si tales cosas me interesaran, pero el dinero y la fama no me impresionan ni me importan. Al contrario, disfruto el anonimato.

—¿Cómo puedes pensar así? El mundo necesita tus conocimientos.

—Tal vez tengas razón, pero las curas que conozco podrían llegar a saberse en su propio tiempo.

—¿Cuánto tiempo tomará eso?

—No lo sé. Tú eres el experto en el tratamiento del cáncer. Debes saber que tan cerca están por encontrar la curación para esta enfermedad.

—Es verdad que hemos avanzado mucho en tratamientos, pero la cura es elusiva. Pero tú, al contrario, ya sabes cómo curar esta enfermedad.

—Mira doctor, simplemente traté a tus pacientes para mostrar que si se puede hacer. Siendo un experto en cáncer te necesitaba como mi testigo. Ahora sabes que hay cura, simplemente sigue el camino. La cura se encontrará en el momento apropiado. Regreso mañana a México, desde donde continuaré mi vida en el anonimato.

Así cómo lo platicó sucedió. El día siguiente, Xol retornó a México sin esforzarse por atender al congreso médico que tuvimos en Houston. Antes de irse me dejó un número en dónde me podía comunicar en caso que se me ofreciera. Apunté la información y la guardé, ya que uno nunca sabe cuándo se podía ofrecer.

Durante el congreso me inundaron con preguntas sobre la milagrosa cura en mis pacientes. Traté de explicarles a los médicos que muchos de los pacientes no tenían condiciones tan graves. También les manifesté que otros pacientes simplemente respondieron al tratamiento en el hospital. Mi explicación parecía haber convencido a la mayoría, disminuyendo las preguntas tocantes a la milagrosa recuperación del cien por ciento de mis pacientes.

La conferencia terminó siendo un gran éxito, aumentando mis contactos dentro de la comunidad médica. Muchos doctores querían saber sobre el secreto de nuestro tratamiento, pues no creían que todos los pacientes se hubiesen curado del cáncer. Algunos de los médicos pensaron que les ocultaba algo. ¿Pero cómo podía decirles sobre mi amigo Xol, sin causar una gran conmoción? Preferí guardar el secreto.

Seguían llegando enfermos en gran número al hospital con la esperanza que los salváramos de sus padecimientos. Desafortunadamente, algunos de ellos sucumbieron a la enfermedad.

Había pasado un año de la visita de Xol, cuando la mortandad en el hospital por el cáncer llegó a tal extremo que la mitad de los pacientes se nos murieron. Los milagros ya no ocurrieron en mi lugar de trabajo y no era lo peor para mi desgracia.

Con el paso del tiempo quedaba exhausto con mi angustiante rutina de trabajo, a tal punto que batallaba para incorporarme cada mañana para ir a ver a mis pacientes en el hospital. Sabía que necesitaba reposar, pero no

dejaba de atender a los enfermos. ¿Qué pasaría si no los atendía? Cuando pensaba sobre eso, me reanimaba para irme al trabajo. Consumía todo mi tiempo en el hospital, hasta que un día me desplomé en el suelo mientras examinaba a uno de mis pacientes.

Mis colegas me atendieron y me dijeron que el desmayo era por falta de descanso, pero me sentía algo raro. El cansancio no lo notaba igual que siempre, simplemente no tenía fuerza para continuar. Ordené que me hicieran un examen de sangre, el cuál arrojó datos preocupantes, pues indicaban que tenía cáncer en la sangre. Traté de negarlo, pero eso no arreglaba nada. Yo era el experto, sabía cómo enfrentar la enfermedad y conocía la terapia.

Dejé de trabajar mientras recibía el tratamiento contra el cáncer. Al enterarse mis colegas de mis aflicciones, formaron un grupo de expertos en cáncer para ayudarme en mi recuperación, aportando su tiempo y conocimiento.

Entre el grupo de estos especialistas estaba un amigo que conocí en el congreso médico, cuyo nombre recuerdo era Ramiro Arévalo. Él era una persona tranquila que conocía bastante sobre la enfermedad. Durante las conferencias del congreso nos reunimos en diferentes ocasiones, en nuestras pláticas eran como si nos conociéramos de toda la vida.

Cuando fue a verme Ramiro, me prometió hacer todo lo posible por asegurar que venciera yo esta enfermedad. No tengo hermanos, pero si hubiese tenido uno, creo que Ramiro sería uno de los mejores. Él permaneció todo el tiempo a mi lado. Durante nueve meses, Ramiro abandonó su práctica para atender a mis pacientes. Él se aseguró que yo estuviese cómodo y que nada me faltara.

Después de un año, el tratamiento y todos los remedios intentados no mejoraron mi condición. Al contrario, mi cuerpo empezó a recaer, perdiendo mucho peso por la falta de apetito. Realmente a veces perdía hasta las ganas de vivir. Aunque Ramiro estaba al tanto checando mi condición, pronto me dio las malas noticias. Mi cuerpo estaba invadido de cáncer y solamente contaba con dos semanas de vida. Solo me quedaba resignarme. Para entonces le pedí que me prometiera cumplir mis últimos deseos.

—Oye Ramiro, cuando me vaya asegúrate que mis pacientes reciban los mejores cuidados, así como tú me los has dado a mí.

—Por supuesto que tus pacientes estarán cuidados de la mejor forma, con medicinas y atenciones personales. No te preocupes.

Al escuchar estas palabras me sentí tranquilo, pero tenía una pregunta importante para Ramiro.

—Ramiro, ¿te puedo hacer una pregunta, que me la responderías con la verdad?

—Claro que sí.

—¿Por qué te has quedado conmigo tanto tiempo, si teníamos poco de conocernos? No lo tomes a mal, pero se me hizo bastante raro, aunque estaré siempre agradecido por tu ayuda y tus atenciones. Siempre he pensado que, si hubiese tenido un hermano, fuera alguien como tú.

Ramiro se sonrió y se sentó en la silla que estaba al lado de mi cama, para contarme algo.

—No sabes que lo feliz que soy al escuchar esas palabras. Me recuerdas a mi hermano menor, quién tuviera tu edad si viviera. Él falleció de cáncer hace diez años y no pude hacer nada por él. Siento como si estuviera perdiendo a otro hermano de nuevo. Pero en tu caso estoy mejor preparado para dejarte partir, pues los años que llevo de médico me han hecho fuerte. No es fácil perder a una persona que estimas. Si te pierdo, hoy sé que todo va a estar bien. Te lloraré como le lloré a mi hermano, pero esta vez estoy preparado, mi amigo.

Ramiro se puso de pie, me miró para hacerme una pregunta.

—Ray, cuando nos dijiste en el congreso que todos tus pacientes habían mejorado por el tratamiento y las medicinas que les dabas, sospeché que ocultabas algo. Ahora es mi turno, necesito pedirte un favor y que me digas la verdad. ¿Qué pasó en tu hospital? ¿Cómo fue que todos los pacientes se salvaron? Yo revisé los records de tus pacientes y al menos veinte de ellos estaban en el umbral de la muerte. Sus estados eran bastante críticos. ¿Qué sucedió y por qué se salvaron?

Como estaba cerca de la muerte ya no me importó y le conté todo lo que me sucedió con el señor Xol. La historia le fascinó tanto que me preguntó por él. Le di su número de teléfono con toda la información que me había dejado. Ramiro tomó la información, diciéndome que se iba a comunicar con él. Mientras que Ramiro hacía todo lo posible por comunicarse con Xol, yo estuve en coma por una semana. Cuando desperté sentí un gran apetito, comí bastante y las enfermeras se sorprendieron. Ramiro llegó a verme, quedando extrañado.

— ¿Cómo te sientes, Ray?

—Me siento muy bien. ¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—Estuviste en coma por una semana.

—¿Una semana? Pero me siento muy bien. ¿Qué me diste?

—No te di nada. Tu amigo Xol te trajo una medicina, la cual parece te ha hecho sentir mejor. Creo que te vas a curar. Te dio el medicamento hace tres días y mejoraste bastante en los resultados del laboratorio.

En verdad me sentía bastante bien. No cabía duda que Xol me hubiese curado.

¿Dónde está Xol? Quiero verlo.

—No está aquí. Solamente vino a curarte y se regresó a México. Hace dos días que se fue.

Cuando me dijo esto, sabía lo que tenía que hacer. Buscaría a Xol para pasar un tiempo con mi amigo en México y entender sus conocimientos sobre la vida. Me repuse del cáncer totalmente después de dos semanas de la visita de Xol. Hablé con Ramiro quién me prometió atender a mis pacientes mientras yo visitaba a Xol. Fue así que me liberé del hospital. Empaqué mis cosas y fui en busca de este hombre extraordinario.

De acuerdo con los datos que me dio Xol, él vivía cerca de un pueblito llamado Monte Claro, ubicado entre las sierras cercanas a Monterrey. En Monte Claro al llegar pregunté por Xol a un comerciante. Éste me envió a la Iglesia, para que le preguntase al sacerdote sobre la dirección de mi amigo. El religioso me preguntó sobre el negocio que venía a tratar con Xol. Simplemente le dije que era un amigo de los Estados Unidos que venía a visitarlo. El cura me miró con incredulidad.

—Tengo más de veinte años de conocer a Xol y usted es la primera persona que lo llama por su nombre. Aquí todos lo conocen como el Brujo o el Curandero, pero nadie le llama Xol. Supongo que usted si ha de ser un buen amigo suyo.

—Bueno, sí lo considero un buen amigo, aunque tengo poco tiempo de conocerlo. La verdad es que me curó de una enfermedad grave y le quiero dar las gracias. Estaba en coma cuando él me dio la medicina que me sanó.

—Ahora entiendo. Mira, lo que hizo es algo extraño. Ese hombre ya tiene tiempo que no se dedica a curar a nadie. Según entiendo, él se retiró de su práctica hace más de veinte años, desde que lo conozco. Él vive arriba en el Cerro de los Pinos, en una cueva a unos cinco kilómetros de aquí. Si lo quieres ver tendrás que ir a pie, porque no hay camino para allá.

—Pero, ¿cómo es que no se dedica a curar a nadie? Es un hombre con muchos conocimientos. No entiendo por qué ya no ayuda a la gente.

—Yo tampoco concibo sus razones, dicen que no existe enfermedad que no pueda curar. De repente dejó de recibir pacientes. No sé qué pasaría, desconozco por qué y ya no he hablado mucho con él.

—¿Entonces si se conocen?

—Sí, él venía a la iglesia de vez en cuando. Pero ya tiene más de tres años que no aparece en la misa. Desconozco razón porqué se haya retirado.

Le di las gracias al sacerdote y dejé estacionado mi coche a un lado de la iglesia. Me encaminé rumbo a la cueva donde vivía Xol, según la dirección que

me dio el cura. La vereda era de tierra firme. Había caminado un poco más de una hora cuando estaba en la entrada de una cueva, pero no estaba seguro si esa era la de mi amigo. Volteé para ver en dónde estaba parado, desde ahí pude ver el valle abajo en donde estaba la iglesia, desde ahí había empezado mi caminata. Se divisaba un río que atravesaba la tierra a unos diez kilómetros de distancia. Al verdor de la tierra le daba su belleza el horizonte rojizo y un contrastante cielo azul muy claro. Corría un vientecito fresco que le daba paz y armonía al lugar.

—Si gustas te puedo traer un banquito para que te sientes, —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta a ver quién era el que hablaba. Parado en la entrada de la cueva estaba mi amigo, Xol.

—Te he estado esperando. Sabía que no tardabas en venir.

Le di un abrazo amistoso y por primera vez lo miré sonreír. Me invitó a entrar a su hogar. Me sorprendí al ver un lugar tan cómodo dentro de la cueva. Xol había convertido la caverna en un hogar casi moderno. Era muy amplio, en un rincón del lugar estaba una cama. Había una mesa con unas velas que iluminaban el espacio.

—Me gusta mucho tu hogar.

—Tengo mucho tiempo viviendo aquí y siempre me ha gustado este lugar. Es donde he vivido más tiempo, más que ningún otro. En los alrededores encuentro todo lo necesario y lo que ocupó. Creo que no viniste de tan lejos para hablar de mi casa. Te ves bien, ¿cómo te sientes?

—Sabes que me siento bien. El medicamento que me diste trabajó perfectamente. Me recuperé al cien por ciento, mientras que mi salud esta de lo mejor.

—Me alegro escucharte decir eso. Qué bueno que me hablaste para ayudarte. Me hubiera sentido mal si te hubiéramos perdido, sabías que yo te podía ayudar.

—La verdad es que no te quería llamar, lo hice porque un amigo me insistió.

—Sabes que hubieras fallecido si no te hubieras comunicado. Tu enfermedad estaba muy avanzada.

—Lo sé, pero tenía miedo que me dijeras que no me verías.

—Qué manera tan absurda de pensar. Claro que en un instante te hubiese ido a ver. Así respondí cuando me avisaron que estabas enfermo.

—Dime Xol, ¿qué me hace tan especial? ¿Por qué fuiste a salvarme? Existen muchos más pacientes que puedes curar y veo que no lo haces. Muchos se mueren esperando el milagro, de que sean curados. Por ellos no te preocupas.

Xol se paró de la silla al otro lado de la mesa, caminó y dio una vuelta como buscando las palabras para responderme. Luego se volvió a sentar y me contestó.

—Créeme cuando te digo que tú eres especial. Cuidas y a veces curas a los convalecientes. Tú te dedicas a ser el bien, para la humanidad. Mereces vivir muchos años para seguir cuidando y curando al prójimo.

—Pero todos deben ser salvados.

—Entonces sigue tu misión en la vida. Entonces busca la cura para todas las enfermedades. Llevas buen camino y pronto vas a encontrarla para muchas de ellas.

—Pero Xol, tú ya tienes la cura. ¿Por qué no solamente nos dices su tratamiento? Todo estará bien.

—Quisiera que fuera tan fácil, pero no puedo ayudarte de esa forma. La humanidad tendrá que seguir buscando las soluciones sin que yo intervenga.

—No entiendo. ¿Qué estás diciendo?

—Mire doctor, yo no soy de este tiempo. No debo estar aquí.

—Ahora si me perdiste. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué eres del futuro?

—Todo lo contrario, soy del pasado. De una época de hace muchos años atrás.

—¿De hace cuánto tiempo?

La historia de este hombre extraordinario fue desenvolviéndose durante las horas que siguieron y me fue platicando su pasado. La historia era tan increíble que hasta la fecha no sé qué creer. Nuestra plática continuó más o menos de la siguiente manera.

—Mi historia empezó hace tres o cuatro milenios, cuando yo era un indígena que recorría los caminos de esta tierra. En aquel entonces hablábamos en otra lengua, la cual desapareció. Mis padres habitaban en esta región. Tenía un hermano mayor. Todos mis familiares enfermaron y fallecieron cuando era un niño. Una familia de una tribu vecina me adoptó. Vivíamos en las inmediaciones de un río que se secó cuando yo era pequeño. Mi nueva familia me trató bien, viviendo bastante felices.

En ese momento interrumpí a Xol.

—¿Éstas bromeando? ¿Verdad?

—No doctor, todo lo que te cuento es verdad.

Aunque tenía mis dudas de lo que me contaba, me aguanté para que continuara con la historia.

—Con los años, mis nuevos familiares también fallecieron de una enfermedad u otra. Fue muy triste verlos morir con mis propios ojos, pero así es la vida y la muerte. Alrededor de mis diecisiete años de edad me arrojé con una mujer llamada Lala. En esos tiempos uno no se casaba, solamente se

unía la pareja cuando se gustaba. Nosotros tuvimos cuatro hijos, pero dos murieron después que nacieron. Otro falleció a los cinco años de edad. Solamente nos quedó un hijo, el cual era todo para mi mujer y para mí.

—¿Cuál era su nombre?

—Él se llamaba Don. Mi mujer lo empezó a llamar “Don”, porque fue la primera palabra que pronunció de niño, repetía “don, don, don...”, y se le quedó como nombre. Vivíamos en paz y armonía. Todo estaba bien hasta que mi mujer Lala enfermó y no supe que hacer. En la desesperación fui a buscar ayuda con una tribu que estaba ubicada a tres horas río abajo.

Ellos tenían a un curandero que regresó conmigo para sanarla usando unas yerbas. Quedé impresionado como si fuera un milagro. Cuando Lala se sintió mejor, decidí moverme con el curandero que había salvado a mi mujer para aprender medicina. El hombre era bueno, con mucha paciencia. En esos tiempos casi nadie sobrepasaba los treinta años de edad, pero este señor rebasaba los setenta años y con buena salud. Se llamaba Aba, y por muchos años, fue la única persona que conocí con pelo blanco.

—Perdón que te interrumpa, ¿cómo le haces para acordarte de sus nombres después de tantos años?

—Créeme, a pesar del largo tiempo, todo parece haber pasado hace poco. En mi mente todo está totalmente claro.

—Por favor, continúa con tu historia.

Xol mostró una expresión meditabunda, antes de proseguir con su historia.

—Habían pasado unos cinco años, cuando mi mujer volvió a recaer, pero esa vez Aba ya no la pudo salvar. Una semana después mi hijo falleció de tristeza y por falta de alimentos. Después que su mamá falleció se puso inconsolable por lo que dejó de comer. Lloró hasta que no pudo derramar más lágrimas en sus ojos. La muerte le brindó paz, pero a mí me dejó destrozado. Aba trató de consolarme, asegurándome que todo iba a estar bien. En mi ira le di un golpe que lo tumbó, golpeándose en la cabeza. Aba falleció al día siguiente. Me arrepentí inmediatamente pero el daño estaba hecho. Nunca me sentí tan solo en mi vida. Me volví loco y corrí hasta la cima de un cerro, no lejos de donde estaba. Grité al cielo que me llevara a mí también. Gritaba con todo el aire de mis pulmones. ¡Merezco morir! ¡Yo merezco morir!

Después de una pausa, Xol continuó su historia.

—De pronto escuché el rugido de un trueno. El rayo me golpeó y me envió volando por varios metros en el aire. Cuando desperté, varias horas después, me sentía bastante cansado. Caminé por horas hasta que me quedé dormido en el tronco de un árbol. Entonces pensé que si acaso no me tocaba morir era por alguna razón. Por lo menos debería hacer algo para ayudar a la gente de la tribu, ya que los había dejado sin Aba, su curandero. Regresé con la gente de

Aba, donde permanecí por muchos años curando a sus enfermos. Habían pasado mucho tiempo cuando noté que los años no me hacían envejecer. Los niños crecían, se hacían viejos y yo permanecía igual. Un niño que había visto nacer llegó a verme y noté que se veía mucho mayor. Definitivamente, yo no había cambiado nada.

—Nunca había oído nada igual, por favor continúa.

—Yo nunca me enfermé y aunque me caía nunca me lastimaba. Una vez bajé al río a llevar agua y me atacó un jaguar. Me hirió gravemente perdiendo mucha sangre. Por poco me arranca mi brazo derecho. Algunos hombres me llevaron a mi jacal. Creyeron que moriría, pero grande fue su sorpresa cuando amaneció, salí caminando de mi hogar curado de todas mis heridas. Debido a este incidente, la gente empezó a tenerme miedo. Creían que tal vez tenía pacto con demonios, pues nada me lastimaba. Les aseguré que mis heridas no eran tan graves, como aparentaban. De pronto me pidieron que me fuera de la aldea, porque me tenían miedo. Diez años después regresé al lugar. Para entonces no encontré a nadie, todos habían desaparecido. Un tipo de plaga o epidemia había borrado a la comunidad. Esta fue la primera vez que perdí muchos amigos de un solo golpe.

Me fascinaba la historia de Xol, no quería perderme nada de lo que me contaba. Tenía muchas preguntas para este hombre que no envejecía.

—¿Crees entonces que fue el rayo el que te cambió? ¿No sería un mensaje de Dios? ¿Qué más pudo haber sido? Tus viajes por el mundo te enseñaron las diferentes maneras de curar enfermedades. Es posible que dios te escogió para que curaras a la gente. Si ese fuese el caso. ¿Por qué te escogió a ti?

—Acuérdate doctor, que no había medicinas, médicos, ni tampoco clínicas. Una enfermedad simple podía ser una condena de muerte. Aba era un hombre especial. Lo que había aprendido sobre curanderismo toda su vida me lo transmitió. Debido a que le causé su muerte, he estado obligado a curar a los enfermos de bajo recursos, igual como Aba lo hubiese hecho.

Después de una pausa Xol continuó.

—Aprendí mucho sobre la medicina y la naturaleza. Siempre he sentido una obligación de ayudar a la gente. Conozco el poder curativo de plantas y hierbas para cada enfermedad. Recorrí el mundo inmediato y lejano, conviviendo con tribus en sus entornos. Dónde iba compartía mis conocimientos con las tribus que visitaba, al mismo tiempo aprendía de hombres y mujeres que se dedicaban a curar a la gente. Cuando llegaron los españoles al Nuevo Mundo, fui con ellos para aprender de los europeos y después de los chinos. Viví cien años en Europa y otros doscientos años en China. Cada lugar, de cada región, tiene sus propias creencias y curaciones. Regresé a México hace cien años, nunca he dejado de aprender. Mi medicina

es una culminación de mis viajes y mis amistades que he cultivado en el mundo entero.

—Me permites cambiar de tema un poco. Dime Xol de tu vida personal. ¿Qué se siente haber vivido tanto tiempo? ¿Te sientes solo, por no tener familia?

—Después de perder a Lala y a mi hijo no quise involucrarme con nadie por mucho tiempo, pero la soledad te hace soñar. Me ilusioné con una mujer tan bella como una flor. No te diré su nombre, pero si te digo, que nunca debí enamorarme de ella. Tuvimos cuatro hijos, incluyendo a una muñeca a la que le pusimos el nombre de Cielo. Vivíamos con gran felicidad, habiendo todos mis hijos crecido a la edad de adultos. Pensé que los vería crecer hasta una edad mayor, pero la humanidad es cruel y traicionera. Cuando mis muchachos tenían poco más de veinte años surgió un pleito entre tribus, creando una estúpida guerra dónde perdí a mi mujer y a uno de mis hijos.

Xol se veía conmovido, pero continuó su charla.

—Todo sucedió por un mal entendido entre los jefes de las tribus, muriendo a causa de la guerra alrededor de mil personas en menos de un mes. Lo triste fue que solamente sobrevivieron entre cincuenta y sesenta individuos de cada tribu. De los dos hijos que me quedaron uno se enamoró de una mujer, la cual le fue infiel con otro hombre, por lo que terminó suicidándose poco tiempo después. Mi otro hijo nunca se casó, pasó a ser mi mejor amigo por el resto de su vida. Mi hija Cielo se unió en pareja con un hombre que la hizo muy feliz, pero ellos nunca tuvieron hijos. Mi hijo e hija estuvieron cerca de mí hasta que fallecieron.

—¿Cuándo fallecieron ellos? —le pregunté.

—Cielo falleció a los 50 años, mientras que mi hijo sobrevivió hasta los 99 años de edad. Unos meses antes que muriera lo llevaba a caminar antes de la alborada. Nos sentábamos a la orilla del mar a platicar de todo. A veces era sobre el pasado, del cual me comentaba era muy largo y distante. Solamente lo veía y sonreía cuando hablaba de eso. Cada hora y cada día que pasaba lo miraba envejecer, mientras yo permanecía sano, joven y fuerte. Unas semanas antes que partiera se quejaba, porque no podía caminar. Lo cargaba en mis brazos hasta la orilla del mar, donde continuábamos nuestras charlas. Se quedaba dormido en mis brazos la mayoría del tiempo, pero eso a mí no me importaba. Después lo cargaba hasta el jacalito para que comiera algo y durmiera. El día que partió me dijo: “papá, no me quiero morir, no lo quiero dejar solo.” Le respondí que era tiempo para reunirse con su mamá, quien lo estaba esperando. Sonrió, cerrando sus ojitos de anciano por última vez. Le faltaban pocos días para cumplir los cien años de edad.

—Aunque ha pasado más de un milenio o dos, lo siento mucho. Te doy mis condolencias y te acompaño en tu pesar. Asumo que jamás te volviste a unir o casar con alguien.

—Así es, en mi corazón no quedó espacio para otro golpe. Sería cómo estar muerto en vida. Es una ofuscación donde no quieres nada. En mi caso, el sentimiento permaneció conmigo por décadas.

—¿Me permites cambiar de tema? Te quiero preguntar algo. Tú conoces el dolor que causa la muerte a los que se quedan atrás. ¿Por qué no haces por curar a más pacientes que están cerca de la muerte, así como los que trato yo? Tienes el poder y conocimiento para curarlos. No entiendo por qué no lo haces.

—No sé si me entiendes cuando digo que no debo intervenir con el desarrollo de la humanidad. Soy de otra época y no debería estar aquí. En otras ocasiones en el pasado he intervenido o metido mi cuchara, como dicen algunos, en asuntos que no debería haberlo hecho. Después me he arrepentido enormemente por haber intercedido. Por ejemplo, una vez salvé la vida a un niño de diez años cuando estaba a punto de fallecer. El mismo muchacho un mes después le prendió fuego a una casa repleta de pequeñines, falleciendo cuarenta personas. En otra ocasión, salvé a una mujer haciendo un favor a un amigo. Diez años más tarde se volvió loca. Envenenó a toda una congregación de una iglesia, donde fallecieron ochenta personas. Explicaba que una voz en el interior de su cabeza le pedía que lo hiciera. Existieron otras ocasiones, pero estas fueron las dos más graves. Solo Dios sabe sobre que podrán hacer los pacientes tuyos que salvé. Esperamos que no hagan nada grave.

—No puedes pensar que ellos vayan hacer algo malo cuando los sanas, entonces de que sirve tener tanto juicio y conocimiento. Úsalo por el bien de la humanidad.

—Los he usado bien. ¿Te curé a ti? ¿No?

—Claro que estoy bien agradecido contigo. Pero, ¿por qué no curas a todos?

—Todo tiene su tiempo. No soy de esta época. Los médicos de hoy deben curar a la gente del presente. Existe cura para todo en este mundo. Sigue el camino en busca del remedio para ésta y aquella enfermedad. Hay la llevan. De verdad, no debo intervenir.

—Entonces, ¿qué haces aquí? No puedes morir y parece que vas a quedarte mucho tiempo más. ¿Qué piensas hacer con la larga vida que tienes por delante? Si yo pudiera vivir tantos años, haría lo posible por curar a toda la humanidad. Sería bueno que pudiéramos vivir tanto tiempo, una larga existencia, así como la tuya.

—No doctor, no sería bueno. ¿Qué, no me has puesto atención?

—Saber lo que tú conoces sería maravilloso. De veras que me dan celos contigo.

Seguimos conversando por un rato más, pero no lo pude convencer, que viera la vida a mi manera. Al día siguiente me regresé a Houston, reportándome en mi trabajo.

Al paso del tiempo, no podía olvidarme de Xol. Mis colegas me preguntaban sobre él. Querían saber cuál era su secreto sobre la cura de tantas enfermedades. Simplemente les decía que no sabía. No supe si logré convencerlos, pero nunca se olvidaron del señor que una vez curó a todos mis pacientes en un solo día.

Dos años después de que había visto a Xol, llegó un paciente que tenía dificultades para respirar. Le dije a mi enfermera que yo no trataba casos respiratorios, pero ella me expresó que el paciente preguntaba insistentemente por mí. Pensando que era alguien de mi familia, fui a verlo a su cuarto. Me llevé una gran sorpresa cuando miré que el paciente era mi amigo Xol. Se me hizo bastante extraño ver la fisonomía de Xol, pues parecía tener unos ochenta años de edad. Entonces empezamos a platicar como viejos conocidos.

—Xol, ¿qué pasó? Has envejecido.

—Sí, al fin me decidí hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Me tomé la medicina para hacerme viejo. Mis órganos han empezado a fallar. Creo que tengo unas cuantas horas más de vida.

—No entiendo. ¿Qué has hecho? ¿Te envenenaste tú mismo?

—No mi amigo, el veneno no me hace nada. Tomé la fórmula para que mi cuerpo se acordara como envejecer. Después de recorrer el mundo, se me ocurrió buscar una receta para que mi cuerpo se hiciera viejo. La encontré hace muchos años, pero nunca tuve el valor para tomármela. Nuestra última conversación me hizo comprender que mi tiempo aquí, ya había terminado. La humanidad está a punto de rebasarme en conocimientos sobre las curas de enfermedades. Tú eres uno de los hombres que va hacerlo posible. Ha sido un placer conocerte. Es tiempo que me vaya a ver a mis mujeres y mis hijos.

—¿Qué puedo hacer para que estés más cómodo?

—Todo está bien, gracias. Nunca había sentido dolor y es algo nuevo para mí. Solamente serán unas horas, luego nada.

—¿No tienes nada que decirme?

Xol levantó una bolsa que cargaba y sacó un papel dónde estaba escrito algo que me quería dejar. Me dio el papel y me explicó: aquí está la fórmula

para una vida eterna. Es tuya por si acaso todavía quieres vivir muchos, muchos años.

Tomó mi mano apretándola con la suya. No me soltaba y yo no quería que me soltara. Así permanecemos por unos minutos hasta que su fuerza se desvaneció y me soltó. Su cuerpo se calmó, apareciendo una sonrisa en su rostro. Partió para el otro mundo en una absoluta serenidad. En ese momento me dio una gran tristeza y no me pude mover por cinco minutos. Esto duró hasta que una enfermera me meneó señalando: parece que el paciente falleció.

Me recobré y di las instrucciones para que cuidaran su cuerpo e hicieran arreglos para su funeral. Al día siguiente, después del sepelio y al mismo tiempo que manejaba mi auto para mi casa, tomé la nota que me había dejado Xol. Leí lo que había escrito sobre la fórmula para vivir mucho tiempo, o como decía él, una eternidad. En realidad, no era tan complicada de cómo pensaba que debería ser. Rompí el papel en muchos pedazos y los arrojé por la ventanilla. De pronto el viento desparramó los papelitos por todos lados. Minutos después le hablé a mi novia para pedirle que se casara conmigo. Se sorprendió que lo hiciera por teléfono y me preguntó.

—¿Cuál es tu prisa? Hay más tiempo que vida, —me dijo.

—¡Exacto! —le contesté—. ¡Exacto!

Nos casamos un mes después...

— *fin* —